

LA BULLA

Los tipos de mi edad andan horrorizados. Descubrieron, de súbito, las primeras arrugas, la caída del pelo, ese mechón blanco, y sus cuerpos—duros cuerpos antes, cuando la clandestinidad— ya no levantan oleadas de deseos desenfundados entre las viandantes. Han pasado de malditos a carrozas en un suspiro, de los Beatles a Pink Floids casi sin detenerse en Johnny Rivers, de los guateques domingueros a los divorcios pactados sin un rollo en Torremolinos, del «yo no soy como todas y estás equivocado» al «me gustas, compañera; quédate conmigo esta noche» sin haber pasado un año en Londres.

Nada de literatura que esto va de drama. Cuando los tipos de mi edad eran muy jóvenes, recios y valerosos, se dedicaban a darle al manubrio de la multicopista y a lanzar aquellas octavillas antifranquistas en las que se arrebaga al personal a la definitiva huelga general. Estaban hasta las cejas con el compromiso de clase, el internacionalismo y el debate dialéctico sobre el revisionismo. Aplausos a Fidel y al capitán Galvao y mucha lectura temblorosa de Sartre, tras haber rebasado a Rosa de Luxemburgo. Pintadas nocturnas. Aquellos teléfonos con más controles que un pasillo de la Moncloa. Una cosa, una agonía perpetua. Esa Gavidia que lo sabía todo, ese Creix componiendo rípos entre interrogatorios e interrogatorios. Esos padres que ni nos miraban a la cara, ese Manolo del Valle de clandestino, más serio todavía que ahora, ese Rojas Marcos en el destierro y conspirando en Ecija, ese Alfonso Guerra con aquella barba sin comerse una rosca, ese Eduardo Saborido en la cárcel, devorando la revista «Diez Minutos», ese Rafael Escuro recordado en la barra de «Dongonzalo» tarareando a Arata Franklin y preparando el juicio, al día siguiente, de un represaliado de la Fasa, ese Felipe en vespa rompiendo con su novia de siempre y tirándole los tejos a la hija del coronel Romero, ese Soto queriendo concienciar a Utrera Molina. Qué cruz Señor, qué cruz.

Ahora, los muy necios —mi caso es distinto, claro— se lamentan de la juventud perdida, de no haber paseado con más frecuencia por la frondosidad nocturna del parque, de no haber bailado muy melosos y apretados las baladas de Modugno o los gritos de los 5 Latinos. Un drama porque amanece el 20 de Noviembre del 75 y todos se apresuraron a «construir la democracia» que en este país siempre fue una abstracción. Y qué entusiasmo, ¡oh, qué empuje. Siglas, por aquí, debates por allá, pactos, congresos constituyentes, mítines, campañas electorales, actos de diputados, ascensos, poder, notoriedad. Un frenesí. Y todos, ligando menos que el Conde de Montecristo. Ahora se dan cuenta. Vamos. Ahora, que se enfrentan a una de estas hijas del átomo, más largas que una charla del padre Cué, y reciben este insulto mezclado con el olor a hierba: «no te pases, cuerpo, que vas de dama».

No es el desencanto ese tan pregonado. Es algo más profundo. Es contactar con la evidencia de que tantos esfuerzos no se correspondieron con los resultados y los mandamases de siempre mandan más que nunca. Es la comprobación diaria de que la impunidad, se diga lo que se diga en el Congreso, ahí está para recolección de unos cuantos. Es tragarse con impotencia esas piedras de molinos que indican que los defensores de la democracia sufren persecuciones y son retirados de sus cometidos y profesiones, aislados y depurados como malhechores, mientras los conspiradores contra el orden constitucional se mantienen en su nóminas y en sus despachos. Qué película, querida audiencia.

Joe Jackson es el actual ídolo de una nueva generación presuntamente tronchada. Entender y justificar a Jackson y a toda la «new wave» inglesa, el contenido de esas canciones llenas de insultos y provocaciones es definitivamente imposible si uno se quedó en la estética y en el espíritu de un Dylan e incluso de los Rolling. A estos políticos presuntamente triunfantes, presuntamente satisfechos en sus escaños y en sus aventuras, decadentes, presuntamente supervivientes en el contexto surrealista de la política española, aparezca de sus claves y hábitos, de su lenguaje, compromisos y rutinas, les supone un costo, en muchos casos, irremediamente elevado.

Fueron excesivos los años persiguiendo un ideal y despreocupado de todo lo demás; despreocupados ante los nuevos fenómenos culturales y sociológicos. Imposibilitados, incluso, por entender y atender lo que ocurría a sus alrededores más inmediatos.

Están ahora inmersos en un cortocircuito que los reduce a una posición nada envidiable. Desgajados de las nuevas corrientes, con dificultades para conectar con el electorado, sentimentalmente resacos, son carne de cañón en cualquier velada nocturna salvo excepciones. Y además, eso, va de go, tanto esfuerzo para tan poco, tanta labranza para tan escasa cosecha. En estos momentos sólo me reconfortaría leyendo un poema del ex comisario Creix.

Hoy del jueves
12.5.80

JUAN TEBAL